

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

TIEMPO DE ESPERANZA

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

CUARESMA, 1978

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

I.- EL MOMENTO PRESENTE

1. La comunidad cívica
2. El talante espiritual de nuestro tiempo
3. La comunidad cristiana

II.- NATURALEZA DE LA ESPERANZA CRISTIANA

1. Límites de la esperanza humana
2. Horizontes de la esperanza cristiana
3. La esperanza cristiana, don de Dios
4. Dificultades actuales para la esperanza cristiana
5. Dios, garantía de la esperanza
6. Esperanza humana y esperanza cristiana

III.- CONSECUENCIAS EXISTENCIALES

1. La paciencia activa
2. La alegría
3. La función crítica
4. El trabajo transformador
5. La oración

IV.- NUESTROS PECADOS CONTRA LA ESPERANZA

1. La secularización de la esperanza
2. La desesperación
3. La presunción

V.- NUESTRA ESPERANZA, HOY Y AQUÍ

1. Esperanza y compromiso
2. Promover la confianza interpersonal
3. Aceptar con esperanza la nueva situación de la Iglesia
4. Poner en activo la energía creadora de la esperanza

VI.- UN MENSAJE PARA TODOS

1. Los sacerdotes y los religiosos
2. Los jóvenes
3. Las generaciones tradicionales
4. Los grupos avanzados

VII.- CAMINOS PARA CRECER EN LA ESPERANZA

1. La escucha de la Palabra de Dios
2. La lectura de los signos de los tiempos
3. La profundización en las esperanzas humanas
4. La sobriedad

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

La Cuaresma es para la Iglesia tiempo privilegiado de renovación y de conversión. Personas y grupos, actitudes y estructuras son invitados a un exigente esfuerzo de revisión y de cambio. Ahora es el tiempo favorable, el día de la salvación (2 Cor 6,2).

La conversión requerida por la Cuaresma implica y compromete toda nuestra vida. Pero, al mismo tiempo, subraya algunos aspectos postulados por la naturaleza misma del tiempo cuaresmal y por las necesidades mayores del momento presente. La esperanza es una de estas actitudes básicas cuya renovación es reclamada con especial apremio:

- Porque Cuaresma y esperanza teológica están estrechamente vinculadas entre sí. La Cuaresma es un camino hacia la Pascua y ésta es el gran motivo de nuestra esperanza cristiana.
- Porque el momento presente de nuestra comunidad cívica y eclesial ofrece signos ambivalentes, que merecen ser confortados y criticados desde la esperanza cristiana.

I.- EL MOMENTO PRESENTE

Los tiempos de optimismo colectivo no son los más propicios para la esperanza cristiana. Engendran fácilmente una ingenua y desmedida confianza en las fuerzas del hombre. Los tiempos de catástrofe, por su parte, congelan la capacidad de esperar y producen la desesperación o, al menos, la desesperanza. Tiempos como el presente, en el que los signos esperanzadores se entremezclan con motivos de alarma, son en sí mismos una interpelación e invitación a la esperanza teológica.

1. La comunidad cívica

El caminar, a veces doloroso, de nuestro pueblo hacia la democracia y hacia la justicia social se va afianzando. Más amplios horizontes de libertad y de igualdad van siendo alcanzados paulatinamente. La identidad peculiar de nuestro pueblo comienza a ser reconocida por la ley. Van apuntándose nuevos pasos en la distribución equitativa de cargas y recursos. El ciudadano tiene un primer acceso a la vida política mediante la designación de sus representantes. La voz de los débiles comienza a ser escuchada en la prensa y en la vida pública.

No faltan, con todo, serios motivos de preocupación: empresas al borde del cierre elevado y creciente número de parados; desigualdades económicas irritantes; gastos superfluos provocativos; promociones profesionales sin empleo; fugas del capital; insolidaridad y fraude ante los apremios fiscales; paros laborales no siempre justificados; intransigencias entre los grupos políticos. No se extingue tristemente la violencia armada, que continúa derramando sangre sobre nuestro suelo. Bastantes se preguntan con temor si toda esta situación tiene una salida humana.

2. El talante espiritual de nuestro tiempo

Recogemos en la sensibilidad actual una inquietud creciente que se pregunta por el sentido, el “para qué” de tantos logros y esfuerzos. Parece ser que la confianza primaria, que colocaba en el progreso material y técnico la clave de la felicidad humana, ha entrado en profunda crisis. Igualmente las esperanzas de liberación humana total cifradas en los programas sociales avanzados han recibido un rudo golpe, al comprobar el carácter incompleto e insatisfactorio de sus realizaciones concretas. Los hombres tenemos más, podemos más, sabemos más. Pero ¿somos más libres, más fraternos, más felices? El avance técnico y el progreso social son respuestas penúltimas a preguntas penúltimas. Pero los humanos pedimos respuestas últimas a cuestiones más radicales: la insatisfacción humana, la soledad, la culpabilidad, la muerte.

No podemos decir que el ambiente actual favorezca la respuesta a estas sanas inquietudes. Las experiencias negativas y el clima de racionalidad técnica dificultan positivamente este proceso de búsqueda. El cansancio de vivir, el malhumor, la tristeza, la pasividad, el escepticismo, la vulgaridad de metas y de conducta se instalan. La depresión se ha convertido en la dolencia psíquica ca-

racterística de nuestro tiempo. No hay fuerzas para avanzar si no se sabe que hay una salida. Nunca ha sabido el hombre tanto acerca de sus orígenes y tan poco acerca de su destino. El viajero humano se ha perdido en la niebla y todo le pesa para seguir marchando.

3. La comunidad cristiana

También nuestras iglesias locales caminan y se van liberando de viejas servidumbres. Menos ligadas al poder político, económico y cultural, se están sometiendo honestamente a autocrítica. Van adoptando ante la ciencia los programas sociales más exigentes, y las instituciones seculares una actitud más abierta y dialogante. Preocupadas por la comunión y no sólo por la disciplina, van abandonando posiciones de autoritarismo. Se van adaptando a jugar un papel más modesto y más específico en el interior del cuerpo social. Van tomando creciente conciencia de su arraigo en un pueblo concreto y procuran servirle desde su puesto.

Al ser más pobres en poder, en prestigio y en dinero, buscan más fácilmente su fuerza en el Señor Jesús y su espejo en el Evangelio. En él redescubren con más nitidez su tarea propia: anunciar y prolongar a Jesús. Desde el Evangelio confiesan que no hay mayor impiedad que ofrecer al mundo algo que sea menor que Cristo. Desde él viven la misma experiencia que Pablo: "... cuando estoy débil, entonces soy fuerte" (2 Cor 12,10).

Pero es igualmente verdad que la actual situación de la Iglesia resulta incómoda y hasta desconcertante para la esperanza de no pocos cristianos de toda condición. Algunos se preguntan si este proceso de transformación de nuestra Iglesia no entraña un peligro de descomposición y de liquidación. Temen que ella sea, en un futuro próximo, irrelevante, y por ello, ineficaz. Se alarman de las estadísticas de práctica religiosa decreciente; se lamentan de la lejanía de la juventud con respecto a la Iglesia. Observan con escándalo cómo la doctrina segura de otros tiempos es hoy discutida e interpretada de mil maneras contradictorias. La nostalgia y la reflexión melancólica del pasado debilitan su esperanza.

Otros, por el contrario, estiman que los pasos de conversión dados por la Iglesia son tímidos, obligados por las circunstancias, incluso oportunistas. Subrayan fuertemente la inercia eclesial, su conformismo, los lazos con su pasado de poder, su excesiva moderación socio-política, su poca radicalidad evangélica. Llegan a preguntarse si este viejo tronco eclesial es capaz de regenerarse, de engendrar nuevas formas de vida cristiana. No faltan quienes auguran a esta Iglesia un destino fatal: convertirse en un "ghetto" curioso e inocuo, resto de un pasado de gloria.

II.- NATURALEZA DE LA ESPERANZA CRISTIANA

Las esperanzas y temores de nuestro mundo y de los fieles no son ajenas a la Iglesia (cfr. *Gaudium et Spes* I, 1), ni son indiferentes para la esperanza cristiana. No podría ésta ser jamás un mensaje para los humanos, si no existiera una vinculación estrecha entre las esperanzas de los hombres y la esperanza que nace de la fe en Cristo.

1. Límites de la esperanza humana

Cuando analizamos en profundidad el anhelo humano que late en el interior de cualquiera de las esperanzas humanas, constatamos que éstas no aquietan jamás el espíritu humano. Cuando el hombre logra una meta que se había propuesto, pronto surge en él una insatisfacción que forja una nueva meta más elevada. Cuando esto no existe, adviene el aburrimiento. La vida deja de tener valor. La alegría de vivir se convierte en la rutina del existir; la tarea humana, en destino.

2. Horizontes de la esperanza cristiana

Es este corazón insatisfecho el destinatario de la esperanza cristiana. A él le asegura que el ser humano no es un ser condenado a trabajar sin esperanza. Le anuncia que su insatisfacción perpetua no es un puro truco de la vida para que siga buscando en tensión creativa. Le ofrece y le promete una situación definitiva en la que sus deseos serán plenamente aquietados, su libertad será plena, su relación con los demás absolutamente fraterna, su cercanía a Dios total y su felicidad infinita (cfr. 1 Cor 2,9).

Esta plenitud no es posible en la historia, sino más allá de la historia, donde el Padre común recogerá uno por uno, generación por generación, a todos sus hijos dispersos para introducirlos definitivamente en su Reino. Ésta es la utopía cristiana, con todo su carácter de singular y única. Hay también otros sistemas que profesan su esperanza en una situación definitiva de la humanidad. Pero de ella podrán beneficiarse solamente las generaciones futuras. Las del pasado, las que han hecho posible la nueva situación, están condenadas a sacrificarse enteramente a las últimas, como los cimientos de un edificio del que no disfrutarán.

3. La esperanza cristiana, don de Dios

La plenitud prometida por el mensaje cristiano no es mero fruto de manos humanas. Si el hombre no está condenado a vivir atormentado por falta de horizonte para sus desvelos, tampoco está capacitado para alcanzar su meta final por su propio esfuerzo. La plenitud futura es más un don que una conquista; más un regalo que un mérito; más un fruto del amor que de la justicia (cfr. Ef 2,4-5; Rom 8,31-39).

4. Dificultades actuales para la esperanza cristiana

La mirada del “realismo humano”, formada y deformada al mismo tiempo por la mentalidad técnica, propende a considerar lo que nos promete la esperanza como una ilusión engañosa y nociva, un espejismo provocado por nuestro irrefrenable deseo de pervivencia y plenitud, un consuelo fácil y evasivo. No es ésta, sin embargo, la manera como el creyente vive su esperanza. Experimenta, como todos los humanos, la dificultad de esperar. El encuentro con la muerte le aturde y su primer impulso ante ella es considerarla como el final de todo. Hijo de la mentalidad positiva de su tiempo, tiende espontáneamente a considerar como inexistente todo aquello que no se puede tocar ni medir.

5. Dios, garantía de la esperanza

Y a pesar de todo “espera contra toda esperanza” (Rom 4,18). Porque Dios es fiel (1 Cor 15,20). Porque Él lo ha prometido con su palabra que el creyente acepta por la fe (2 Cor 1,18-20). Porque Dios ha cumplido fundamentalmente su promesa resucitando a su Hijo Jesús (Hch 13,32-33). Porque sabe que la Resurrección de Cristo se ha convertido para los creyentes en garantía definitiva de resurrección. Los cristianos estamos persuadidos de que “el Hijo de Dios, por su encarnación, se ha unido de alguna manera a todos los hombres” (Vaticano II, *Gaudium et Spes*, n. 22); que por ello estamos implicados en la suerte de Jesús, de modo que su futuro es nuestro futuro. A través de su Resurrección, lo definitivo ha hecho irrupción en nosotros. El Resucitado se nos ha convertido en humanidad liberada y liberadora.

6. Esperanza humana y esperanza cristiana

Podrá parecer que esta esperanza definitiva desaloja las esperanzas humanas. ¿Qué pueden significar los proyectos profesionales, los horizontes afectivos, las metas políticas, las conquistas sociales, las ambiciones personales? Nada más lejos de la realidad que esta sospecha. Las legítimas esperanzas humanas son aspectos parciales y pasos intermedios de la gran esperanza. La cultura, la justicia, el amor maduro, la paz ciudadana, la colaboración entre los pueblos, son signos que anuncian e inician el Reino definitivo. Lo definitivo se construye en lo provisional. Lo terrestre, lejos de perder valor, lo gana, porque por la fe sabemos que ningún esfuerzo humano queda vacío en el Señor (1 Cor 15,58). La tarea humana queda preservada de la decepción y del escepticismo que pudieran provenir de la consideración de la lentitud de los progresos o de la precariedad de todo lo que acaba con la muerte. Es más fácil continuar construyendo sin sucumbir al desaliento, cuando por la fe sabemos que construimos con piedras para la eternidad. En verdad la esperanza asume, purifica y consume las esperanzas humanas.

III.- CONSECUENCIAS EXISTENCIALES

La actitud básica de la esperanza se refracta en la existencia cristiana, en una serie de actitudes que la completan y la aplican a la vida.

1. La paciencia activa

La Escritura emparenta a la esperanza con paciencia activa (1 Tes 1,3). En efecto, la esperanza no es una virtud triunfal, sino crucificada. La Resurrección de Jesús no elimina el dolor y la lucha. El Reino de Dios en este mundo reside, escondido bajo formas de pobreza, ignorancia y dolor. Sólo en la vida futura la muerte habrá sido absorbida por la victoria (1 Cor 15,54).

La respuesta del creyente a esta situación es la paciencia activa, es decir, la fortaleza y el aguante cristianos. “Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan. Paseamos continuamente en nuestro cuerpo el suplicio de Jesús, para que también la vida de Jesús se transparente en nuestro cuerpo” (2 Cor 4,8-10). Somos, como todo ser humano, visitados por el dolor, pero confortados por la esperanza de que no es él quien tiene la última palabra. Al final, el bien triunfará sobre el mal, la verdad sobre el engaño, el amor sobre el egoísmo y la agresividad. Por la misericordia de Dios todo lo que hacemos y sufrimos prepara el Reino futuro; nada se pierde. Por mucho que padezcamos y suframos, lo que nos aguarda es incalculablemente más de lo que nos crucifica (Rom 8,18).

Esta paciencia activa nos hará soportar con entereza la lentitud de los progresos, la fuerza del pecado propio y ajeno. Nos conducirá a recomenzar una y otra vez sin ceder al desaliento.

2. La alegría

El apóstol Pablo apremia a los cristianos a “vivir alegres en la esperanza” (Rom 12,12). La palabra de Dios hace frecuentes alusiones al consuelo de la esperanza (cfr. Rom 15,13).

La alegría brota espontáneamente de los motivos para vivir. La esperanza nos asegura estos motivos porque nos anuncia unas metas y nos garantiza su consecución. El mundo triste lo es por ausencia de objetivos por los cuales vivir y morir. “Mi corazón está triste porque no sabe de dónde le están llamando”.

La alegría aligera el cansancio del duro bregar de cada día y evita el que el trabajo se nos convierta en una repetición mecánica o en una obsesión. Los cristianos debemos “dar razón de nuestra esperanza” (1 Pedro 3,15), ofreciéndoles el testimonio de nuestra alegría. No se puede aceptar con otro talante la buena noticia de la promesa (cfr. Ef 3,6).

Esta actitud de espíritu nos inmuniza contra una lectura tenebrista del mundo y de la vida. Disipa en nosotros la tentación de ser “agoreros de calamidades” y nos hace profetas de la alegría.

3. La función crítica

La Escritura identifica la esperanza con el “estar despiertos”. Esta vigilancia entraña un no dormir, es decir, un no acomodarse de manera pasiva y conformista a este mundo (Rom 12,2).

La esperanza nos acostumbra a tratar a las personas y a las cosas como marcadas para lo futuro. Para el que espera la dignidad de lo que existe, se mide por lo que está llamado a ser en el futuro absoluto de Dios, de manera semejante a cómo valoramos la vida de un embrión humano porque está llamado a una vida humana en plenitud.

En virtud de esta vocación del hombre y del mundo, los que esperamos no podemos incurrir en la tentación de canonizar lo existente en un cómodo conformismo ingenuo, escéptico o interesado. Nada terrestre, por hermoso que sea, ha llegado todavía a su madurez definitiva. No podemos, por tanto, convertirlo en absoluto, hacer de ello un ídolo. Ni el patriotismo, ni el amor humano, ni el saber, ni el progreso, ni la reforma social, son bienes absolutos. Nuestra esperanza nos obliga a criticar la manera como nos adherimos a ellos.

La esperanza transforma a la comunidad cristiana en una constante inquietud dentro de aquellas sociedades humanas que quisieran estabilizarse, convirtiéndose en la ciudad permanente. Tal inquietud crítica no brota de un idealismo intransigente y perfeccionista ni de un negativismo agresivo, sino de una persuasión inherente a la esperanza: todo está llamado a “ser más” en el Señor. Y esta persuasión nos defiende igualmente de convertir las realidades humanas en absolutos como de menospreciarlas como fútiles.

4. El trabajo transformador

El cristiano movido por la esperanza no es un espectador crítico y descomprometido de la historia, sino un actor denodadamente implicado en ella. La instancia escatológica de la esperanza se convierte en dinamismo, que nos impulsa a meternos en el interior de la historia para activar el fermento renovador en ella depositado por la Resurrección de Jesús. En la economía encarnatoria del Nuevo Testamento, el futuro inmediato que el hombre proyecta es mediación del futuro absoluto. El cristiano está persuadido de que el único modo de “dar razón de su esperanza” (1 Pedro 3,15) es verificándola en la historia concreta. El presente carece de futuro si el futuro no actúa en el presente. La confianza total en Dios y el empeño radical de la libertad humana de transformar el mundo se armonizan profundamente en la experiencia vital cristiana. La pasividad infantil que espera que “Dios lo haga todo”, tiene poco que ver con la esperanza de la Escritura. Las primeras generaciones sintieron esta tentación y fueron avisados de ella por la palabra del Señor (Mt 25; 2 Tes 2,1-3).

El trabajo transformador requerido por la esperanza es un trabajo creador. La esperanza apunta hacia un futuro que no está predeterminado, sino que nace de la libertad de Dios. En él colabora la libertad del hombre. Es algo nuevo, no contenido en el pasado (Apoc 21,1-5).

El creyente, animado por la esperanza, no puede ser en su actividad un repetidor mecánico de viejos esquemas que se perpetúan. Su función es conducir la parcela de realidad en sus manos hacia la consumación definitiva. Y esto le induce a vivir en perpetua tensión creadora. Es penoso comprobar cómo en algunas épocas los cristianos no hemos recogido suficientemente este apremio de la esperanza a renovar, y nos hemos convertido en tranquilos guardianes de lo fijo más que en incómodos indicadores de lo que está por hacer. Así, la esperanza ha emigrado del suelo eclesial y se ha secularizado.

5. La oración

Si la oración es hija de la fe, no lo es menos de la esperanza. El que no ora, no espera. Ponerse a orar significa, sin más, que aquello que esperamos no está en nuestras manos; es reconocer el carácter gratuito de nuestra salvación. Igualmente significa que confiamos obtener esta salvación que nos desborda. Cuando oramos nos situamos, pues, a la misma distancia de la presunción que de la desesperación; justamente en el espacio de la esperanza. Por esto Jesús nos invita a orar cuando nos evoca la esperanza (Mc 11,24).

Porque es ejercicio de la virtud de la esperanza, la oración es también “pasión por lo posible”, es decir, deseo vivo de un mundo renovado según Dios; todo lo contrario de la resignación conformista. El que ora, juntamente con el que obra y el que padece, “anticipa el futuro”, lo va creando con Dios.

A un santo de nuestra tierra se le atribuye la fórmula: “trabajar como si todo dependiera de nosotros; orar como si todo dependiera de Dios”. No se trata de orar para no hacer, sino de un orar que precede, acompaña y completa nuestro hacer y, por ello mismo, transforma nuestras esperanzas humanas en esperanza cristiana.

IV.- NUESTROS PECADOS CONTRA LA ESPERANZA

1. La secularización de la esperanza

Consiste en confundir las esperas humanas con la esperanza cristiana: hacer de la esperanza algo enteramente inmanente a este mundo. Convertir las etapas del camino en meta final; instalarse de tal manera en la historia que el “más allá” de la historia no interese ni interpele.

Es indudable que las primeras generaciones vivieron con mucho más intensidad que nosotros la espera de la segunda venida del Señor. El “Marana thá” (“Ven, Señor Jesús”), recogido en el epílogo del Apocalipsis (22,20) y repetido por la Didajé, reflejaba una actitud permanente de los cristianos.

Tristemente, la patria futura tiende a convertirse en parte, en nuestros días, en un objeto privado a asegurar, cuando no despierta la indiferencia. Buena parte de la predicación la pasa en silencio. El “deseo de ver a Dios”, tan potente en toda la tradición cristiana, se les antoja a muchos más bien una evasión de nuestro mundo que un deseo de su consumación en el Señor. La fe en el progreso se ha convertido en un auténtico sucedáneo de la esperanza cristiana, no sólo para los increyentes sino también para los creyentes.

Llamemos a cada cosa por su nombre. Las esperanzas humanas no son, sin más, la esperanza cristiana. La liberación total de nuestro pueblo no coincide con la “redención de nuestras personas” esperada por Pablo (Rom 8,23). La justicia social más acabada no es todavía el Reino de Dios esperado. El creyente vive estas liberaciones como parte importante de la liberación total prometida por la fe. Pero no son todo, ni siquiera lo más específico o lo más importante. Es preciso decirlo con absoluta claridad. Existen, entre nosotros, cristianos cuyo riesgo es absolutizar la patria o la clase social. En nombre de la fe, que desenmascara todas las pretensiones de absoluto, hemos de recordarles con afecto fraterno que se guarden de los ídolos, por nobles que éstos sean.

2. La desesperación

Hay motivos para esperar. Pero hay también circunstancias que conducen al hombre a perder la esperanza. Mucha gente de buena voluntad cae en la desesperación. La constatación de la fuerza y de la persistencia del mal, el aparente absurdo de muchos acontecimientos, las decepciones, etc. impactan la fe débil y oscurecen el horizonte abierto por la esperanza. El Cura de Ars afirmaba: “Me cuesta más defenderme contra la tentación de desesperación que contra la del orgullo”. La desesperación es una verdadera congelación de lo humano, cuyo rasgo fundamental es la apertura a un proyecto. Hay una forma más mitigada y más frecuente: la desesperanza. Pocos hombres se suicidan; muchos suicidan aspectos parciales de su vida. En efecto, hay esposos que suicidan su mutuo amor; hay padres que suicidan su responsabilidad educadora; hay profesionales que suicidan sus ideales de servicio; hay muchos suicidios parciales. La situación de muchas personas en la Iglesia no es de desesperación, pero sí de desesperanza.

Al cristiano se le pide que sepa esperar contra toda esperanza, aunque los signos visibles que inviten a esperar sean muy escasos (Habac 3,17-19).

3. La presunción

Si la desesperación es contraria a la esperanza cristiana, no lo es menos la presunción que sostiene, al menos a nivel vital, que la meta definitiva y las etapas que a ella conducen son puro logro humano. Parece la salvación como don; se invierte la doctrina paulatina de la justificación. El porvenir se considera en manos del hombre. El futuro es sólo futuro del hombre. Estamos más cerca de Pelagio que de Jesucristo. El hombre se afirma como un pequeño absoluto frente a Dios. Su amor propio desmedido le oculta su propia imagen.

Presunción y desesperación son dos tendencias radicales escondidas en el corazón humano. Ciertos caracteres y ciertos momentos históricos son especialmente propensos a uno u otro de estos extremos. El paso de uno a otro no es nada infrecuente, tanto en la biografía de los individuos como en la historia de los pueblos.

Jesús reprobó al fariseo, que estaba orgulloso de su propia talla moral (Lc 18,14). Lanzó una temible invectiva contra los satisfechos: “¡Ay de vosotros los hartos!” (Lc 6,25). Denunció al hombre seguro de sí mismo, que hacía planes de futuro sin contar con Dios (Lc 12,16-21). Tal vez nada nos aparte tanto de Dios como la presunción.

V.- NUESTRA ESPERANZA HOY Y AQUÍ

1. Esperanza y compromiso

Si nuestro futuro personal y colectivo, y nuestro avance hacia formas más humanas de justicia social y política, no son elementos extraños a la esperanza teológica sino realizaciones parciales y anunciadoras del Reino de Dios que será consumado en el futuro, no es potestativo para los cristianos el colaborar en un nivel u otro en estas tareas. Requieren por su parte una dedicación constante y cálida. El cristiano no vive sus propias aspiraciones terrestres o las de la comunidad humana a que pertenece como proyectos puramente profanos. Sabe que la fuerza del Resucitado está presente allí donde el hombre crece.

En esta tarea deberá el cristiano ejercitar todos los componentes de su esperanza; la paciencia que no se desalienta, el optimismo nacido de la fe, la crítica desde el Evangelio a sus propios proyectos, el trabajo abnegado y la oración ferviente.

El modo concreto cómo el cristiano encarna las esperanzas terrestres en el orden cultural, sindical o político tiene siempre algo de opcional, que el creyente no puede confundir con las exigencias de la esperanza. Para encarnar su esperanza en tareas concretas, habrá de hacer opciones concretas contingentes. No puede identificarlas con la esperanza cristiana, ni debe imponerlas como la manera única de ser fieles a la vocación. Pero este carácter contingente no debe paralizarle a la hora de escoger. Lo contingente en su precariedad es el marco donde se realiza lo necesario. Un afán excesivo de purismo puede ser una evasiva para no comprometerse. Un pensador cristiano decía: “Muchos hombres tienen las manos muy limpias; pero es porque no las han metido en la masa”. Lo propio del creyente en la tierra no es absolutamente ser puro, sino esforzarse por serlo cada día más.

2. Promover la confianza interpersonal

Las relaciones interpersonales están entre nosotros bastante deterioradas. En nuestro pueblo, las diferencias de ideología y de opción enfrentan a muchas personas y grupos hasta límites verdaderamente pasionales. Los que no piensan como nosotros son considerados sospechosos hasta en su honradez personal.

Dentro de la Iglesia, el pluralismo peligra a veces con degenerar en mutua excomunión. Fixismo y progresismo ofrecen a veces la impresión de caracterizar a dos iglesias diferentes. Urge crear una corriente de mutua confianza.

Esperar no es sólo desear ardientemente; es también confiar inquebrantablemente. Confiar es apostar por el valor, la capacidad de cambio y el futuro de alguien. Y el objeto de esa confianza no es solamente Dios, sino, en su medida, el hombre mismo. “Desconfiar del hombre es una herejía tan peligrosa como desconfiar de Dios”. En definitiva, redundan en desconfianza del Creador. La doctrina de la Iglesia ha ido, a lo largo de la historia, rechazando igualmente los movimientos de confianza desmedida que los de desconfianza en el hombre. La

esperanza cristiana está llamada hoy en nuestro pueblo y en nuestra iglesia a promover un vasto movimiento de confianza mutua, que nos lleva a acercarnos a las personas más de lo que permiten los signos objetivos de confianza que de ellas recogemos en este momento. Sólo así caerán los malentendidos. No se resolverán muchos problemas y diferencias; pero quedarán bien planteados. Y por encima de las diferencias brillará lo que nos une.

Es imposible fiarse de los demás si no se refuerzan simultáneamente la moderada confianza en sí mismo y la absoluta confianza en Dios. Menospreciarse a sí mismo es más fácil de lo que parece. Deberíamos amarnos humildemente a nosotros mismos como miembros débiles y dolientes de Cristo. Cuando no nos fiamos de nosotros mismos, la confianza en los demás queda averiada. La confianza en Dios refresca y fundamenta la confianza en sí mismo y en los demás.

3. Aceptar con esperanza la nueva situación de la Iglesia

Al tornarse la Iglesia más frágil como institución, se ha desvelado en ella una crisis de esperanza. En otros tiempos, la natural confianza en la solidez que ofrecía la institución eclesial se confundía con la genuina confianza en Dios. Hoy no es así. Los que creemos en Jesús confiamos en el futuro de la Iglesia, mucho más allá de los signos constatables por la sociología. No nos hacemos ilusiones sobre la brillantez de ese futuro. Jesús no nos ha prometido una Iglesia cada vez más extendida o más valorada; ni siquiera una Iglesia cada vez más evangélica. Pero sí nos ha garantizado que ella será siempre instrumento eficaz de salvación, y que ningún esfuerzo por purificarla y mejorarla caerá en el vacío.

Para nosotros, el mejor momento eclesial es aquél en que nos ha tocado vivir. Porque en él y por ella recibimos el incomparable regalo de encontrarnos con Jesús. Pero además, tenemos motivos para habitar gustosos en esta casa de Dios tal cual es hoy, y no añorar otros tiempos. La historia de la salvación nos muestra que los momentos de prosperidad no han coincidido en la Iglesia con los de renovación y conversión. La modestia de nuestra situación nos invita a la pobreza, a la mansedumbre, a la limpieza de corazón, a la sed de justicia de las bienaventuranzas. Ella nos hace comprender con una luz más real que quien salva no es la institución, sino el brazo de Yahvé.

4. Poner en activo la energía creadora de la esperanza

En esta fase de cambio cultural impresionante, nuestra Iglesia y nuestra sociedad requieren espíritus lúcidos y arrojados para, desde la fidelidad a las grandes opciones, “crear futuro”. Hay que ahondar en la tradición viva. Querer prescindir de ella es, en el mejor de los casos, una ligereza antropológica y un error teológico. Una época debe ser tanto más fiel al pasado cuanto más está llamada a innovar. Pero sólo quien crea es fiel en profundidad al pasado, no el que repite mecánicamente.

La esperanza cristiana, que es anhelo activo de futuro, es la fuente inagotable de la fantasía creadora e inventiva. Es urgente que tenga hoy una singular vigencia en nuestra Iglesia y en nuestro pueblo.

Todo parece indicar que, pasado el natural desconcierto de la primera confrontación con el mundo contemporáneo, la conciencia cristiana comienza a recobrase a sí misma, a deponer actitudes crispadamente defensivas o turbios afanes de contemporizar a base de claudicar. En este momento necesitamos inventar, reencontrar nuestro puesto en el mundo, crear las expresiones actuales de las opciones de siempre. Necesitamos un suplemento de aliento creativo, que hemos de pedir prestado a nuestra esperanza. No son tiempos de pusilanimidad ni de miopía, sino de lucidez y de coraje.

VI.- UN MENSAJE PARA TODOS

Ningún creyente debe sustraerse a la tarea de rehacer y fortificar su esperanza y la de sus hermanos.

1. Los sacerdotes y los religiosos

Dentro del organismo eclesial, somos miembros delicados que experimentan vivamente las crisis de la totalidad. El propio futuro del sacerdote se nubla, especialmente cuando se nubla el futuro de la Iglesia. La creciente insensibilidad de muchos ante la oferta de la fe y el temor de quedar al margen del mundo ensombrecen el optimismo de muchos sacerdotes, que se preguntan cuál es la vigencia actual de su carisma sacerdotal y de su consagración.

Las palabras de Pablo a Timoteo se vuelven para nosotros especialmente actuales: “Resucita la gracia que hay en ti por la imposición de mis manos” (2 Tim 1,6). Ellas nos invitan a vivir la esperanza en tiempos de inclemencia. Los signos externos de la eficacia de nuestro trabajo pueden ser menores, los frutos los mide sólo Dios. No faltarán si somos fieles.

2. Los jóvenes

Los jóvenes son siempre reserva viva de esperanza, porque son generación de futuro. La noble ambición juvenil tiene su respuesta plena en la utopía de la esperanza cristiana. No ha de recortar, por tanto, la esperanza, reduciéndola a las esperanzas terrestres. Asimismo han de ofrecer a la sociedad y a la Iglesia el servicio de su crítica. Pero no deben olvidar que no puede quererse “todo y ahora”. Hay dos maneras de negar la historia: fijándose en el pasado o presente, y pretendiendo colocarse de un salto en la meta final. La tentación de los adultos es la primera; la de los jóvenes, la segunda. El diálogo generacional hará positiva y productiva la confrontación.

3. A las generaciones tradicionales

A las generaciones tradicionales, tal vez aturcidas por los cambios eclesiales y cívicos, la esperanza renovada ha de hacerles más serenos y más ecuanímenes. Todo movimiento de cambio lleva la ambigüedad. No es coherente con la fe cristiana el fijar la mirada sólo en los aspectos preocupantes y entristecerse con ello. La esperanza ha de ayudarnos a detectar los signos positivos que anuncian un resurgir. Son abundantes, si sabemos mirar con ojos inocentes de todo prejuicio. Jesús, con su fuerza de Resucitado, sigue presente y operante en la Iglesia. Confiar en los pastores es un modo de fiarse de Él.

4. A los grupos avanzados

A los grupos avanzados, que encuentran dificultades para confiar en el futuro renovado de la Iglesia, habremos de pedirles, en el nombre del Señor Jesús,

que no cejen en su empeño de buscar caminos y formas nuevas de presencia cristiana en el mundo; que contrasten de manera permanente sus hallazgos y proyectos con el proyecto global de su iglesia local presidida por el obispo; que no sucumban nunca a la tentación de utilizar en la renovación eclesial armas, si no son las de Cristo; que cuiden con especial esmero la comunión con el resto de la Iglesia.

VII.- CAMINOS PARA CRECER EN LA ESPERANZA

1. La escucha de la Palabra de Dios

La Palabra “ha quedado escrita para que por el consuelo de las Escrituras mantengamos la esperanza” (Rom 15,4). La promesa, actualizada por la escucha de la Palabra, conforta la esperanza y nos testifica que “el que comenzó en vosotros su obra buena, la consumará en el día de Cristo Jesús” (Fil 1,6).

La Teología ha redescubierto recientemente que toda la Escritura es palabra de promesa. El creyente ha de beber en las Escrituras la fortaleza para esperar.

2. La lectura de los signos de los tiempos

Dios nos muestra de alguna manera su querer y su obrar, también a través de lo que acontece. Aprender a descifrar el diseño de Dios y descubrir su invitación es tarea importante en la existencia cristiana.

Sin ningún pesimismo hemos de escrutar, en nosotros mismos y en los otros, las señales que indican a nuestra fe que el Señor Jesús está presente y operante. Estos signos no son el motivo de nuestra esperanza, pero sí los estímulos que actualizan en nosotros los motivos para esperar. El reencuentro con la oración, la vinculación del compromiso terrestre a la vida de fe, el interés renovado por la figura y significado de Jesús, la progresiva participación del laicado en la gestión eclesial... son indicadores de una vida que renace.

El segundo versículo del Génesis nos describe la tierra en estado caótico; pero el tercero nos asegura que el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas (Gn 1,2-3). Una mirada esperanzada sabe descubrir la huella del Espíritu, aun entre oscuridades y flaquezas.

3. La profundización en las esperanzas humanas

El creyente no preserva su esperanza manteniéndose al margen de las esperanzas humanas, sino viviéndolas en profundidad.

Vivirlas en profundidad significa no sólo adentrarse en ella, sino recoger en este adentramiento el carácter penúltimo de las mismas y vivirlas por tanto a la luz de la esperanza última, del futuro absoluto.

La tarea es ineludible y difícil. La experiencia de los últimos años nos enseña una triste realidad: muchos cristianos que se han sumergido de lleno en las tareas terrestres –sobre todo de orden político y sindical–, han perdido o debilitado su fe. Nuestras iglesias han sabido motivar y estimular para el compromiso; no hemos sabido de la misma manera acompañar a los cristianos a madurar en la fe, a medida que se adentraban en sus tareas cívicas. La fe no ha sido instancia crítica de su quehacer. Es previsible que la dificultad no sea menor en un

futuro, a medida que todo vaya siendo más secular. Aprender y enseñar a vivir así, es asunto decisivo de futuro.

4. La sobriedad

No se vive la esperanza en la hartura. La hartura produce embotamiento y hastío. La sobriedad es una condición indispensable para que emerja el anhelo de lo que todavía no se posee.

La humanidad de Dios se nos ha aparecido en Jesús, para que viviendo sobriamente esperemos la feliz esperanza (Tit 2,13). La Iglesia se ha preparado siempre en la sobriedad a los grandes acontecimientos litúrgicos que actualizan la venida salvadora del Señor. Los amigos del Esposo ayunan cuando éste les ha sido arrebatado (Mc 2,20).

Esta sobriedad está hoy postulada, además, por el momento económico en que nos debatimos. Nuestra sobriedad se nos presenta como una condición práctica para hacer realidad esa esperanza humana, que consiste en una situación económica más justa y estable en un próximo futuro. En estos momentos, la sobriedad es otro nombre de la solidaridad. Todos somos llamados a ella; pero, muy particularmente, aquellos que más poseemos y percibimos. Ser sobrios para compartir, es hoy requisito de la condición cristiana.

CONCLUSIÓN

La esperanza cristiana ha sido frecuentemente una especie de “pariente pobre” de la fe y de la caridad, tanto en el orden de la profundización teórica como en el de su vivencia práctica.

Los tiempos modernos han redescubierto la misma condición humana como expectativa de futuro. Han experimentado el malestar profundo que aqueja a los humanos, cuando se les ensombrece la perspectiva del futuro. La teología ha respondido a este cambio de horizonte reflexionando sobre la esperanza y, al hacerlo, ha devuelto a esta actitud cristiana radical todo el espesor antropológico y religioso que le confiere la Revelación.

Es necesario que esta doctrina sea alimento de todo el pueblo de Dios. La Cuaresma y la Pascua de 1978 nos ofrecen para ello una ocasión única. Con este objeto hemos preparado esta meditación, que quisiéramos sirviera de guión tanto para la predicación cuaresmal y pascual como para los grupos de reflexión cristiana. En la medida en que el ejercicio cuaresmal haya alimentado nuestra esperanza, estaremos preparados para vivir también en la fe y en el amor esta Pascua de 1978.

Miércoles de Ceniza, 8 de febrero de 1978

- ✠ **José**, Arzobispo de Pamplona y A.A. de Tudela
- ✠ **Jacinto**, Obispo de San Sebastián
- ✠ **Antonio**, Obispo de Bilbao
- ✠ **Francisco**, Obispo de Vitoria
- ✠ **José María**, Obispo Auxiliar de San Sebastián
- ✠ **Juan María**, Obispo Auxiliar de Bilbao